THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

8G5M515
K1915

ROMANCE
DEPARTMENT

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/cancionerodelavi00mene

E. MENÉNDEZ Y PELAYO
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CANCIONERO DE LA VIDA QUIETA

RENACIMIENTO
MADRID

CANCIONERO
DE LA VIDA QUIETA

ENRIQUE MENÉNDEZ Y PELAYO
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CANCIONERO DE LA VIDA QUIETA

POESIAS

RENACIMIENTO
MADRID — SAN MARCOS, 42
BUENOS AIRES — LIBERTAD, 172
1915

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

IMPRENTA RENACIMIENTO.—SAN MARCOS, 42.

865 M515
K1915

Fé 70 26 Oct. 1916, M.M.E. 57

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE POETA

DON AMÓS DE ESCALANTE

Fitz Gerald

342450

DESDE LA MONTAÑA

DESDE LA MONTAÑA

Allá van mis coplas
á hacer su jornada:
tenga buena dicha
quien las dé posada.

Allá van mis versos
donde Dios los lleve,
temblando de frío,
hollando la nieve.

Hora es el invierno
cuando entristecido
estos viejos cantos
saco del olvido.

Hora es el invierno
y el alma le siente:
igual que los campos
ha helado la mente.

Así busco amparo
contra sus rigores
en estas memorias
de días mejores...

Todo en la campiña
reposa aterido:
el agua en la breña,
el ave en su nido.

En torno del valle,
que el misterio puebla,
alzó silenciosa
su muro la niebla.

Es reina del mundo
la noche sombría:
¡cómo tarda el alba!
¡cómo vuela el día!

Enfada á los ojos
el negro horizonte...
¡Hermanos, salvemos
la cima del monte!

Tristes soñadores
que, junto á la lumbre,
evocáis ahora
vieja pesadumbre:

abrid al poeta,
que de vuestro tedio
él trae en sus rimas
el noble remedio.

Para entrar al mundo
de la fantasía
cualquier llave es buena:
tomad esta mía.

Venid donde luce
resplandor eterno;
vamos á esas tierras
donde no hay invierno.

Veréis cómo todo
durar allí sabe:
no hay flor que se agoste
ni día que acabe.

Veréis cómo es todo
gustoso y riente:
ni el pájaro calla
ni pára la fuente.

Jamás el otoño
la selva desnuda;
el sol no se pone,
Amor no se muda...

Allá van mis versos
á hacer su jornada:
tenga buena dicha
quien les dé posada.

Aquí, junto al fuego,
como iban de viaje,
les fuí poco á poco
remendando el traje.

Su penuria oculten,
aunque les fatiga,
que son montañeses
y nobleza obliga;

y aquí la pobreza
tenemos á ultraje,
no por nuestro daño,
mas por el linaje...

¡Pobres avecillas
que voláis sin ruido,
decid por que os abran
cuál fué vuestro nido!...

Allá van mis versos
donde Dios los lleve,
temblando de frío,
hollando la nieve.

Con pena los veo
trasponer la sierra,
como al hijo mozo
que marcha á la guerra.

Mas ¿ qué hacen en casa ?
Mozos y cantares
es fuerza que un día
dejen sus hogares.

Sigan, pues, alegres
su humilde jornada;
¡ y haya buena dicha
quien les dé posada !

ANIMA SOLA

Un alma me tocó tierna y doliente
en el reparto que el Señor hiciera:
la piedad es su mansa compañera
y es el amor su natural ambiente.

Su vaso llena en la apartada fuente
que mana de unos sauces á la vera,
donde á su musa silenciosa espera
de humilde arreo y apacible frente.

No la busquéis donde en reñidos duelos
la ambición y el poder lucran su palma,
tinta en sangre, mordida por los celos;

buscadla de algún bosque entre la calma
á la hora en que envían á los cielos
la flor su aroma y su oración el alma.

VOCES AMIGAS

NOCHE CLARA

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura...

FR. LUIS DE LEON.

¡Oh, luna, manso halago!
¡Alma de mi Montaña, que te exhalas
en su perfume vago,
y de la brisa en alas
en la serena noche el cielo escalas!

¡Gentil melancolía,
á quien dan tales horas alimento!...
De esta insana alegría
del mundo turbulento
curadme el engañado pensamiento.

La desvelada frente
ungidme de este cándido rocío,
y el afanar ardiente
que la marchita impío
templar consiga su benigno frío.

¡Aviva, oh noche clara,
la generosa luz de tus estrellas,
porque esa ciencia rara
aprenda el alma en ellas
que escrita vive entre sus luces bellas!

Otros dejen en tanto,
por la dorada sala y sus fulgores,
tu peregrino encanto,
que yo, en ocios mejores,
quiero ser cortesano de tus flores.

El ánimo ligero
huya esta santa paz y amor fecundo:
yo aquí rendirlos quiero,
en éxtasis profundo,
el alma toda, sin cuidar del mundo;

pues ya mi engaño sabe
que no logra su aplauso y mejor palma
lo que el trinar de un ave
que en tu amorosa calma
surge de pronto á acariciar el alma.

Aquí en dulce abandono
vaga, del bosque en la extensión perdida,
esa reina sin trono
del mismo Dios nacida
y hora del bajo mundo escarnecida.

Bajo tu luz clemente
aún, soberana sin rival, se engríe:
y ya canta en la fuente,
ya entre las hojas ríe,
ó su risa en los céfiros deslíe.

Y bárbaros desdenes
olvida, entre esta paz, del vulgo impío,
bien suplida en las sienes
con perlas de rocío
la corona del viejo poderío

¡Poesía no vencida!
¡cuál, de estas horas en la sombra amada,
mi mente enardecida
cruzar mira callada
tu plácida visión por la enramada!

Oh noche, pasa lenta,
cual si fueras pesar y no alegría,
porque á tu musa atenta
el mundo, y ser podría
que alzase el vuelo al asomar el día.

Conduce tan despacio
de tu callada planta el paso suave,
que des, oh noche, espacio
de que tu par desclave
de toda alma infeliz la pena grave.

Y si quiso la suerte
que, de tus dulces sombras amparada
la inexorable muerte
pidiendo esté posada
en pobre choza ó señorial morada,

¡haz que, al dejar tu seno,
luzca para el hermano que perece
aquel día sereno
que brilla y no amanece,
que nunca cae al mar ni se oscurece!

JUNTO AL MAR

Romance del Sardinero,
¿cuándo vienes á mi pluma?
¡Cuántas veces te he invocado,
sin que ni una vez acudas!

Sonar te siento en mi oído,
mas con voces tan confusas,
que, aunque las escucho siempre,
no acierto á fijarlas nunca.

Suenas cual suena en la playa
el rumor de estas espumas,
que no se oye lo que dicen,
pero enamora su música.

A veces su voz parece
como alarido de lucha;
otras veces es arrullo;
otras ira; queja muchas.

Yo siempre la estoy atento,
porque mi espíritu aún duda
si han de ser himno tus frases
ó han de ser ecos de angustia.

Ni sé la ocasión tampoco
en que mi anhelo se cumpla:
tal vez te traiga la noche,
tal vez el sol te conduzca.

Por eso ando estos parajes
desde que el alba se anuncia
hasta que el primer lucero
las almas tristes alumbra.

Un poeta que ya goza
de aquella Belleza suma
que en la terrenal belleza
adivinaba su musa,

me enseñó en sus áureos cantos
á gustar esta dulzura
de las olas adormidas,
de las tardes moribundas.

Mas si he aprendido á mirarlas,
no á referir su hermosura;
que no me enseñó con ella
la lengua que la traduzca.

El la supo; mas ha tiempo
que ya su voz no se escucha,
y está la musa marina
callada como su tumba.

Romance del Sardinero,
¡ que no he de lograrte nunca
y he de sentir de continuo
cómo tu ritmo me arrulla!

Sobre las blancas cuartillas
espera la tarda pluma
á que, gallardo y hermoso,
de pronto sobre ellas surjas;

á que tan brioso el río
de tu inspiración discurra,
que se atropellen los versos
y las líneas se confundan...

Romance del Sardinero,
en vano mi afán te busca,
pues tan bello te imagino,
que no he de escribirte nunca.

A UN POETA

¿Por qué no alegra tu canción el viento,
si de estos valles maravilla fué?
¿Por qué se apagan á la par tu acento
y en el cielo la estrella de tu fe?

Yo alcanzo la razón; yo sé la pena
que las alas prendió de tu cantar;
yo sé el lazo que al pájaro encadena
en el rincón sombrío del pinar.

Tú no buscas la palma de los sabios,
y demandando vas tu galardón
á la fresca sonrisa de unos labios
y al latido leal de un corazón.

Y entristecido y despechado callas
al ver sin pago tu gentil trovar,
que, aunque escuchas aplausos, no los hallas
donde amante los ibas á buscar...

¿Quién no lloró tu mismo desencanto?
¿Quién no llegó á sufrir que la mujer
por quien en nuestra mente surge el canto
permanezca insensible á su poder?

Yo vi alguna tan dulce, que creyeras
que era la musa del primer amor;
con tal lumbre en los ojos, que dijeras
que el cielo la copiaba en su esplendor;

yo la vi no prenderse en el divino
fuego del ritmo y, su fulgor sin ver,
á la magia del metro peregrino
con el desdén del vulgo responder.

Tanta hermosa y dulcísima mentira
conmover sus entrañas no logró:
¡murió de amor la desdichada Elvira,
y ni Elvira los ojos la nubló!

En vano, en vano, al asomar delante
de su parque, decía el trovador:
no me dejéis pasar; mandad que cante,
que yo sé las querellas del amor.

Ni un suspiro sus labios entreabría
al conjuro del ritmo celestial;
¡resbalaba sobre ella la harmonía
cual resbala el granizo en el cristal!...

¿Y qué? ¿Por eso ha de callar tu vena?
De cuantas almas cruzan, oh cantor,
el ancho bosque que el misterio llena
¡á qué pocas halaga el ruiseñor!

Mas una habrá que con la tuya sueñe,
un labio que te llegue á sonreir,
un corazón á quien el tuyo enseñe
lo que jamás el vulgo sabe oir.

Tú le dirás qué cuenta el manso río
á los caídos sauces al pasar,
y en las serenas noches del estío
lo que cuenta la luna al hondo mar...

No te importe que caiga como en piedra
de tu semilla la porción mayor:
si un solo grano fecundado medra,
compensará piadoso al sembrador.

Una mujer habrá que tus dolores
te haga olvidar, y aun bendecir al fin,
en una sola plática de amores
pasada en el misterio de un jardín.

Vendrá un día de sol que te redima
de las angustias del pasado mal;
¡jamás la casta diosa de la rima
besó en vano la frente de un mortal!

EL CIPRÉS

Hay un ciprés en el jardín vecino,
negro como la imagen de la pena,
al que más de una vez la luna llena
á dar aspecto de fantasma vino.

En torno suyo el gusto peregrino
transforma sin cesar la agreste escena:
donde ayer hubo césped, hoy arena;
lo que era bosque ayer, hoy es camino.

¡Sólo él resiste á la común mudanza!...
Yo, cuando del vivir siento la herida,
miro al ciprés y calmo mis lamentos,

pensando que, memoria ó esperanza,
algo crece en el huerto de mi vida
que no abaten los hombres ni los vientos.

VOZ AMIGA

Junto á esa fuente que en la sierra brota,
pasara yo la vida que me resta
en una dulce, interminable siesta,
nunca por el afán ni el tedio rota.

Y al blando son de la canturia ignota
con que huye el agua por la verde cuesta,
apurara, tendido en la floresta,
la paz que va disuelta en cada gota.

Parece que en la voz de sus cristales
prendieron, aguardando mi venida,
las voces más amadas y leales:

la palabra de Dios, que en todo anida,
el dejo de los cantos otoñales
y del amor la queja dolorida.

CANCION DE ABRIL

Llegó la Primavera. De blanco vistió el prado,
de azul el firmamento, y el céfiro de olor.
Desde mi umbral ahora, risueño y soleädo,
contemplo alborozado
mis árboles en flor.

Cuajados los frutales, sonríen triunfadores
el rosa del albérchigo y el blanco del peral;
y aunque al pasar la brisa, desparramando amores,
les robe algunas flores,
no merma su caudal.

Allá junto á la tapia quemadas agonizan
las últimas camelias que ornaron el jardín:
sus pétalos al suelo rodando se deslizan,
y en torno le matizan
de blanco y de carmín.

Inundan las violetas el aire de su aroma
y entre las verdes matas apenas se las ve:
y el invasor geráneo por dondequiera asoma,
y el sol un lirio toma
de una magnolia al pie...

Este jardín no ostenta los ricos ejemplares
que pueblan otros parques de lujo y esplendor:
sus árboles son pocos, sus flores son vulgares,
mas brotan á millares
las rosas del amor.

Si á distraer bastaba su dulce paz la mente
de los benditos seres que ya en el cielo están,
si á sombra de estas ramas oreábase su frente,
¿qué estatua ni qué fuente
valor le añadirán?

Si entre estas pobres hojas su nido han fabricado
mil plácidas memorias de un venturoso ayer,
¿qué mucho que el poeta, junto á su umbral sentado,
contemple alborozado
sus troncos florecer?

¡Los que plantó del padre la nunca ociosa mano,
los que cuidó la madre, que se los vió plantar,
los que su afán pagaban al próvido hortelano
mejor que el sér humano
suele á otro sér pagar!

Entre ellos pasan lentas sus sombras adoradas,
á todos invisibles, patentes á mi amor:
unidas pasan siempre, cual iban enlazadas
andando las jornadas
del gozo y del dolor.

Cuando al morir la tarde recorro estos linderos,
la huella de sus plantas aun creo divisar:
aun pienso que los miro vagando placenteros,
ó al fin de los senderos
sentarse á descansar.

Bajaban siempre juntos; galantes se ayudaban
para salvar un hoyo, subir un escalón,
ó enderezar las quimas que el paso les cortaban:
jamás necesitaban
de ajena protección.

¡En vano ya á ofrecérsela por el jardín me interno!...
Pero en lugar más alto divísalos mi fe:
ya huellan los jardines donde es abril eterno,
donde el ceñudo invierno
no pone nunca el pie.

Cruzaron resignados la dolorosa vía,
y hoy les regala espléndido Jesús en su mansión:
no sólo le siguieron *mientras el pan partía,*
sino *cuando bebía*
su cáliz de pasión.

Así cuando mi espíritu desmaya entre dolores
¡cuál bajan sus espíritus á aligerar la cruz!...
Mas hoy vienen triunfantes de abril en los fulgores,
y ríen en sus flores,
y nadan en su luz.

Y como Dios ha puesto quien á mi lado cuide
los venerados árboles y plante el del amor,
quien de este vano mundo la pobre gloria mide
ya nunca á Dios le pide
más bien ni más favor.

Por eso, aunque estas flores, que el sol de abril ha abierto,
medran aquí á su antojo, sin más razón ni ley,
vacío de primores y de esplendor desierto,
no cambio yo mi huerto
por el jardín de un rey.

Oh, amable Primavera, vivero de delicias!
¡Oh, fuente donde llena sus ánforas Amor!
También, cuando la vida del Universo inicias,
si tú las acaricias,
las almas echan flor.

A LUIS BARREDA

Tarde y en vano ya mi engaño advierto,
musa del Septentrión, Melancolía...
....

AMOS DE ESCALANTE.

Aquel alto poeta,
honor de la Montaña,
en que ambos aprendimos
nuestras canciones cántabras,

en doloridos versos,
amargos más que el agua
que deja en las arenas
como un surco de lágrimas,

contándonos traiciones
de nuestra musa pálida,
del riesgo de servirla
piadoso nos aparta.

Tú, que á cruzar el bosque
dispones hoy las alas,
aprende en el consejo
del ave escarmentada.

.....

Misterios de la tarde,
sollozos de las aguas,
ojos garzos y tristes,
fallidas esperanzas...

A la Melancolía,
que ya en tus versos canta,
la fantasía dale,
¡mas no le des el alma!

De nuestras rudas costas
callando se levanta
sirena más temida
que las que el mar guardaba.

Solamente en su fondo
la de la vieja fábula
ahogaba entre sus brazos
al temerario nauta:

mas esta Musa triste,
que espíritus abraza,
aunque en los mares surja
hasta la cumbre alcanza,

y el frío desaliento,
vertiendo sobre el alma,
ahoga al bravo impulso
y el fuerte brazo para...

Burle á tiempo su halago
tu juventud lozana:
no fíes en promesas
de nuestra Musa pálida.

¡El más egregio amante
que tuvo en la Montaña,
en inmortales versos
nos dice que son vanas!

DESALIENTO JUVENIL

¡Y ésta es la edad del bien y la esperanza!
¡Este el sol á que yertos y apagados
torna el viejo los ojos fatigados
por ver si de su luz un rayo alcanza!

¿Qué es entonces aquel que en lontananza
los míos fingen, de llorar cansados,
de la vida á la fiesta aun no asomados
y ya vencidos de su infiel mudanza?

Pues ¿cabe en otra edad más cruel herida?
¡Sentir ya, al comenzar la marcha dura,
la fatiga y la sed de la venida;

y sentado al festín de la amargura,
gustar todo el hastío de la vida
en la primera copa que se apura!

OCTUBRE

Pasó el rápido engaño con que Flora
hizo amable el vivir. Pasó el riente
verano, con el sol sobre la frente
y en las manos la espiga tembladora.

Pasó cuanto la vida alumbra y dora,
cuanto alegra los ojos y la mente:
la tibia noche, el sosegado ambiente,
la tarde azul, y la rosada aurora.

Pasaron ¡ay! los que en mi huerto echaron
semillas de virtud, granos de vida,
que los vientos del mundo malograron.

Eterna ley dictaba su partida,
¡y en vano á Dios mis ansias suplicaron
que no fuese esta vez obedecida!

EN LA COSTA

Limpio está el cielo, el aire sosegado;
nada en torno se agita, nada suena,
solamente las olas en la arena
repiten su lamento inconsolado.

Es junto al mar el nido que he buscado
para gozar la paz de que va llena
esta tarde gentil, la más serena
de cuantas han mi vida enamorado.

Un pino le decora, y en el suelo
rústico banco en que gustar su calma;
unos helechos guárdanle escondido;

desde él se escucha el mar y se ve el cielo...
¿Qué faltaría al anhelar del alma
si amor viniera á compartir el nido?

ROMANCES DE LA VIDA QUIETA

I

Mi vida está enamorada
y es el silencio su amante;
¡cuántas veces en sus brazos
le ha sorprendido la tarde!

El es señor de estas tierras,
amo de estas soledades,
y las aguas y las brisas
le tributan vasallaje.

No es que en su florido reino
todo, entristecido, calle,
ni corra muda la fuente
ó vuele sin ruido el aire;

mas estos leves rumores
ni turban la paz del valle,
ni á su señor el silencio
importunan ó desplacen.

Son cual ritmo de su paso,
como fondo en que resalte,
como compás que le mide,
como tregua en que descanse.

Por eso en este retiro
ríe el agua, canta el ave,
y sólo callan, medrosas,
las mundanas vanidades.

Aquí el tiempo es un amigo
y no hay para qué matarle,
como suelen los ociosos
en esas negras ciudades.

Pasar se sienten las horas,
mas sin que pesen ni cansen,
como cisnes por el lago,
como alondras por el aire.

¡Qué bien descansa mi vida
en los brazos de su amante:
son tan dulces sus caricias
y sus requiebros tan suaves!

Duermen en su seno amigo,
como niños, los afanes;
y el dolor su insomne queja
suspende por un instante...

Quedos, sin hacer rüido,
quiero que mis días pasen,
que vendrán, si no, las penas,
como abejas, á picarme.

Nadie sepa de mis duelos,
ni de mis venturas nadie;
mi vida está enamorada
y es el silencio su amante.

II

Pobre vida, vida quieta,
del silencio enamorada,
¿cómo habrá quien te murmure
porque recogida callas?

Decir oí que estas vidas
son de la pereza máscara;
que es este vivir consigo
desertar de la batalla.

Sus amores han perdido,
dulce silencio, á tu amada,
que ya no vive otro esfuerzo
que el que á sí propio se alaba.

¿Será acaso menos útil
porque no alborote el agua?
Pues más la quieren las eras
que á la que bullendo pasa;

que ésta, con su propio estruendo,
desvanecida y ufana,
más cura de dar espanto
que de fecundar las plantas.

Vidas que en algo se estiman,
aunque apetezcan la fama,
no han de ser en perseguirla
ladrones de encrucijada.

Llegue, si fuere servida,
á honrar nuestra pobre casa;
mas, si pasare de largo,
enhorabuena se vaya.

No te aflijas si te muerden,
no te engrías si te alaban,
que para juez de este pleito
la propia conciencia basta.

Aquel labrador lo acierta
que procura, cuando labra,
coger en la tierra el fruto,
pero en el cielo la paga...

Si á nadie el paso disputas
ni codiciosa te afanas;
si á nadie dar celos puedes
por fastuosa ni por sabia,

¿ qué tiene que ver el mundo
con que vengas ó que vayas,
pobre vida, vida quieta,
del silencio enamorada ?

III

¡Con qué poco se contenta
vida que calla y se oculta
y su recatada dicha
entre los hombres no busca!

Como tan poco le basta
no puede arruinarse nunca,
que ¿adónde irá que no lleve
con sus pasos su fortuna?

En el bosque acude á holgarse,
donde en cada árbol saluda
un amigo que no le habla,
pero, á lo menos, le escucha.

Pagadas están sus fiestas,
que años hace que la luna
decora sus aposentos
y sus tránsitos alumbra.

De balde le dan los pájaros
bien concertada su música,
y de balde el arroyuelo
su alegre canción modula.

Rota mira la cadena
que, entre la mundana turba,
como á dos reos de muerte,
al placer y al tedio junta.

Jamás el honrado goce
que aquí el corazón disfruta
proyectó sombra de hastío
sobre sus horas futuras.

—Hay que triunfar—dicen muchos—
que sólo vive el que triunfa.—
Yo pienso que quien se agita
no ha sabido vivir nunca.

Por más acertado tengo
elegir la vida oscura,
que si á Dios le hiciere falta,
ya la pondrá donde luzca.

NUESTRO POETA [1]

No era su canto el hueco vocerío
que al vulgo asombra y para siempre cesa:
era el manso decir que el alma apresa
y la mueve ó la pára á su albedrío.

Era arrullo del mar en el estío,
coloquio de hojas en la fronda espesa,
blando rumor de fuente montañesa
que va, entre helechos, sollozando al río.

Calló el poeta, pero no su fama,
que á los ecos del monte quedó asida
y en los acentos de la mar le aclama;

mientras, dándole gloria más subida,
un *martín-pescador* desde una rama
cuenta su noble y apartada vida.

(1) D. Amós de Escalante, gloria de la Montaña.

VIENDO PASAR LA BANDERA

A CASTO CAMPOS

Al extremo de una pica
dos varas de seda atadas
para conquistar el mundo
mil veces se vió que bastan.

Díselo á quien lo ignorare,
noble bandera de España,
que por él has paseado
tus cuarteles de oro y grana.

No hubo viento que tus pliegues
no columpiase en sus alas,
ni hubo mar que no se holgare
de retratarte en sus aguas.

Mas ¿ qué mucho que así venzas
si para acudirte bajan
una vez Santiago Apóstol
y otra vez la Virgen Santa ?

Ya no es hoy con los infieles
tu más reñida batalla,
que es con ánimos caídos
y abatidas esperanzas.

De ellos triunfarás, cual antes
de las enemigas armas,
que nunca se vió que el sol
de las nubes no triunfara.

Ni cabe temer, mirando
cómo, al tiempo que tú pasas,
se destocan las cabezas
y se arrodillan las almas.

EN LA TARDE

Arroyo bullidor que parecías,
si te agitaba la pasión, torrente,
¿en dónde está aquel ímpetu valiente,
aquel alegre estruendo que movías?

De los maduros, sosegados días
detén en el remanso tu corriente,
y la pálida luz del sol poniente
callada juegue con tus ondas frías.

No lloremos la edad, que es vana queja;
lloremos que no fuera aprovechada
y que es Dios, y no el tiempo, quien se aleja.

Hora que el bien llenó nunca es pasada.
Pues ¿por qué ha de llorar lo que atrás deja
quien ve en el cielo el fin de su jornada?

EN EL CANTIL

¡Cómo se te parecen, alma mía,
estas olas que mueren á mis pies:
siempre vagando tristes, siempre inquietas,
sin saber para qué!

En las áureas mañanas del estío,
de limpio cielo y poderoso sol,
tal vez cantan amores, y su canto
más de un alma arrulló.

Mas llegan luego los tremendos días,
y en alzando su voz la tempestad,
nadie á escuchar se para los lamentos
del alma ni del mar...

Esperemos en Dios, que nunca falta,
y volvamos ¡oh mar! hoy como ayer;
tú á estrellarte en las rocas, yo en la vida,
que El sabrá para qué.

CANCION A UNA FUENTE

LOQUACES NIMPHÆ

¡ Oh, fuente desvelada
que en noche sosegada
modulas tu romántico cantar :
sólo la sacra fuente del olvido
pudiera acaso al corazón dolido
tan plácida sonar !

Voz de la noche en calma,
palpitación del alma
que anima el valle y mansa se durmió.
A veces suena tu murmullo blando,
tan débil, que parece que, soñando,
la tierra suspiró.

Del canto de la vida,
estrofa que, perdida,
no lograron las sombras extinguir;
insomne queja de tan leve acento
como el que de arpa ociosa roba el viento
sus cuerdas al herir...

Callado el tiempo avanza;
su misteriosa danza
las negras horas destrenzando van...
Duerme la brisa entre la fronda quieta...
Todo calla... La fuente y el poeta
velando sólo están.

Como triste doncella
que torna ya su huella
—por su amante olvidada—al patrio hogar,
la luna, desolada peregrina,
al escondido valle se encamina
con recatado andar.

Ya en él su planta posa.
En ronda cautelosa
registra el bosque su argentada luz;
llega al río, y después que en él se baña,
sube pura del templo á la espadaña
para besar la cruz.

Desciende por el prado;
trepa luego al collado
que ya de nieves el abril limpió,
y, al trasponer la silenciosa cumbre,
recoge al paso su difusa lumbre
que á nadie despertó...

Tú sola la has sentido;
tu dulce voz ha sido
la sola ¡oh fuente! que escuchó al pasar:
la sola que en su lánguido paseo,
cual de un discreto guía el cuchicheo,
ha oído susurrar.

A orillas del camino,
tu próvido destino
no es al sediento remediar tal vez,
sino aliviar con tu canción inquieta
del alma de un amante ó de un poëta
la inapagable sed.

Yo sé qué vida loca
poniendo fué su boca
á cuantas fuentes al pasar halló,
y en ninguna hubo alivio á su fatiga
hasta que en esta soledad amiga
tu música escuchó.

Preciso es, pues, que escondas
entre tus claras ondas
rara virtud de origen celestial.
De tu rumor bebió, y eso ha bastado:
en vano de esas otras ha admirado
la fábrica triunfal.

Honor de regias plazas,
el agua en ricas tazas
quebraba su irisado surtidor;

mas, aunque en bellos mármoles corría,
la queja del esclavo parecía
llevar en su rumor...

No así la que tranquila
de tus piedras destila;
libre y sin pompa fluye su raudal;
roca sin labra tus tesoros cela
y un laurel con sus ramas endosela
el pobre manantial.

Pero hallan á sus males
remedio en tus cristales
el viejo hastío y el dolor precoz,
y hablas tan dulce en la nocturna calma,
que como tengan, los que escuchan, alma,
¡no hay resistir tu voz!

Tú nunca estás callada:
si en noche sosegada
todos duermen, alguno ha de velar.

¡Acaso quiso Dios que ni un instante
sin una voz que su hermosura cante
pueda la tierra estar!

Mas no es sólo belleza
la fiel Naturaleza:
es madre de los hombres, es amor,
y no ha de hallarla nuestro pecho muda
cuando á buscarla entre la sombra acuda
plañendo su dolor.

Y hay almas ruiseñores:
sus púdicos amores
sólo en la noche atrévense á gemir.
y buscan en la fuente desvelada
una voz que la voz idolatrada
tal vez llega á fingir.

Si calla tu corriente,
¿quién hablará al doliente
que á su ventana te salió á escuchar,
única en que una luz perenne brilla
cual la que vela sola en la capilla
delante del altar?

Oh, fuente desvelada,
¡ que no consiga nada
parar tus ondas y acallar tu son!
¡ Nunca ese acento misterioso calle
con que el alma serena de este valle
habló á mi corazón!

Ni te entumezca el frío,
ni abrasador estío
agote tu purísimo caudal.
Y á cuantos pasen la remota aldea
voz de los cielos tu murmullo sea
y bálsamo á su mal.

COPLAS DE AMORES

¿ Versos á ti ? No haré tal.
A ti el alma, en donde brota
de los versos el raudal.
¿ Para qué quiere una gota
la dueña del manantial ?

ROMANCE DE AMORES

Déjale llegar, doncella:
es mi pensamiento triste
que va buscando á tu lado
calor y luz que le animen.

Negras nieblas le cerraban
las sendas que tú seguiste:
dijo tu nombre, y las nieblas
dejáronle el paso libre...

Es hora de los amores:
baja el sol, el aire gime,
y el día altivo su imperio
ya con la noche divide.

Imagen de este amor mío
que otro al alma no permite,
el blanco lucero tiembla
solo en el azul sublime.

Es hora de los amores:
deja á un pensamiento triste
que te cuente desventuras
y remedios solicite.

Deja al pájaro perdido,
que ignora adónde camine,
gustar un punto siquiera
la sombra de tus jardines.

Del rocío de los prados
que lloró la tarde triste,
húmedas las alas lleva
que un día extendiera libres;

que no sabe él ir más alto
que sobre la tierra humilde
cuando de tu amor el aire
movimiento no le imprime.

Déjale que al tibio aliento
de tus ensueños de virgen
la mojada pluma esponje
y el vuelo atrevido inicie;

que como en tu casto seno
una hora sola le abrigues,
¡luego ha de volar tan alto
que las águilas le envidien!

A UN ARBOL

Duro tronco, recia fibra,
vejez que aumenta el vigor;
las hojas, que son el alma,
lozanas, si el tronco no;

asperezas de leal,
á quien la ofensa mayor
tal vez endurece el gesto,
pero nunca el corazón;

árbol nacido á servir
no á quien al azar pasó
y agradecerte no sabe
de la ancha sombra el favor,

sino á quien sepa estimarte
como es justicia y razón,
dentro del huerto plantado
de mano de su señor,

y de tan linda aldeana
mimado por la afición
que, no ya á troncos, á hombres
envidia tu tronco dió.

Bien con verte se conoce
que has de ser buen servidor:
en casa que le merece
nunca uno bueno faltó.

¡Vida dichosa la tuya,
venturosa ocupación
la que á la paz de ese muro
piadosa mano te dió

de cantar á quien le habita,
oh incansable trovador,
de las brisas y los árboles
la misteriosa canción!

Mi árbol—la niña dice,
mostrando tu rama en flor...—
A esa dicha de ser suyo,
¿cuál otra dicha igualó?

No cuantos quieren la alcanzan,
que hubo más de un corazón
que, penando por ser suyo,
sólo fué de su rigor.

Dichoso no se le llame
á quien á verla llegó,
si es el dolor de perderla
inconsolable dolor.

¡Dichoso á ti, que la pierdes
á cada puesta de sol,
bien seguro de ganarla
en cuanto amanezca Dios!...

Como ella á tus hojas mira
en saliendo á ese balcón,
ya pueden decir tus hojas
que siempre las baña el sol.

Aire tú la das en pago
y la templas el calor,
viniendo á ser juntamente
abanico y quitasol...

¡Vida dichosa la tuya
venturosa ocupación
la que, á la paz de ese muro,
la suerte te señaló!

En lo que vale la estima:
no pienses que puso Dios
una hortelana como ésa
por cada árbol que plantó.

De rudo viento la guarda
cuanto de estival calor;
á tus castos pensamientos
arrullo sea tu voz;

no haya la niña inocente
angustia, duda ó dolor
que á vista de tus encantos
no deje su corazón;

ni abrigue loca alegría,
que en tu sereno rumor
no se temple y aconseje
porque no pase á aflicción.

Como ese ruido del mar,
que allá suena aterrador,
y en pasando por tus hojas
ya es música y suave voz,

así el bramar de la vida,
que loca hierve en redor,
lleva á tu cándida dueña
convertido en grato son..

Y cuando en la mansa tarde,
cansado el paso veloz
—mientras ansiosa pregunta
á las hojas de una flor—,

pensativa se detenga
bajo el verde pabellón
con que enlazadas tus ramas
burlan injurias del sol,

¡árbol, pues á ti te escucha,
háblala de un corazón
que, penando por ser suyo,
no halla en el mundo señor!

DANDO LOS DIAS

Rosas te envío, que la moda en vano
querrá el cetro quitarlas del jardín:
todas fueron cortadas por mi mano,
todas fueron cogidas para ti.

Van rosas blancas y capullos rojos:
va cuanto tengo; algunas en botón,
porque se abran al fuego de tus ojos
como esta pobre rosa de mi amor.

Mi huerto, que aunque ayer estaba triste,
hoy, en tu honor, comienza á florecer:
¡ te conoce de un día que viniste
y entero en flores le arrojé á tus pies!

Había tantas esperando el beso,
esta mañana del naciente sol,
que de los ojos eran embeleso,
risas del aire y bendición de Dios.

Al alba las corté. Risueño el día,
flores y versos engendró á la par:
mientras las rosas para ti cogía,
iba yo componiéndote un cantar.

Rimas que salven el traidor olvido,
fáciles coplas, llenas de pasión,
que se queden asidas del oído
como zarcillos que colgó el amor.

Yo sé bien que en llegando (¿ á qué más gloria ?)
las rosas en tu seno has de prender,
los versos que te mando en la memoria
y mi amor en el fondo de tu sér.

AL PASO

De una hermosísima niña
que estaba en su mirador
—cuando, sin duda de celos,
moría ayer tarde el sol—,

á pesar de los dolores
que llevo en el corazón,
si no llegué á enamorarme
¡qué poco espacio faltó!

Caía la tarde mansa,
tan impregnada de amor,
y tanto callaba el viento,
y hablaba el cielo en tal voz,

que, en su maravilla absorto,
iba diciéndome yo:
—¿habrá mayor hermosura
en cuanto ha creado Dios?

Y cuando, volviendo el rostro,
dejé de mirar al sol,
hallé la respuesta viendo
la niña del mirador...

Es tan bella, que cantarla
es deber de toda voz:
para que cantada fuese
el cielo nos la mandó.

Rojas tiene las mejillas,
trigueño tiene el color,
y los ojos le negrean
como moras en sazón.

En sus hermosos cabellos,
negros como mi dolor,
más almas habrá prendidas
que ellos en número son...

El que pase y lleve flores
debe darle la mejor;
las mujeres, la corona;
los hombres, el corazón.

Si ella gusta de romances,
no me agradezca el favor,
que tampoco le agradecen
la mar, las flores ni el sol.

Es fuero de la hermosura
quedar sin obligación,
pues con dejar que la admiren
ya paga al admirador.

¡Oh, feliz quien pueda verla
sin sentir otra pasión!...
No volveré yo á pararme
delante del mirador,

que en nada estuvo que preso
dejara allí el corazón
cuando, de celos sin duda
moría ayer tarde el sol.

FLORES DE PENSAMIENTO

Mirando, al alejarme
de tu jardín frondoso,
aquellos pensamientos
en que los míos pongo,

las frases recordaba
con que, turbado el rostro,
cuando á mi ojal los prendes
prendísteme los otros:

«Es el camino largo
y secaránse todos;
cuando al llegar los busques,
el mío hallarás sólo.»

Era el camino largo,
aunque lo anduve pronto:
¿cuál, volviendo de verte,
parecería corto?

A par de mí corrían,
sumiendo el blanco polvo,
las aguas de aquel río
que ven nacer tus ojos;

y en blando movimiento
los árboles del soto,
cual si también corrieran,
sucédense en cien troncos.

Mi pensamiento triste,
del tuyo codicioso,
así por el camino
les preguntaba á todos:
«Decidme, ondas y ramas,
si viene con nosotros.»

Marchitos, cual temías,
acá llegaron todos;
¿quién me dirá si, vivo,
con ellos llegó el otro?

Alienta mi esperanza
al recordar ansioso
que aquella mansa tarde
en que de verte torno,

aunque dormía el viento,
temblaban, cual de gozo,
las aguas en el río,
las hojas en el soto.

¡Sin duda con sus alas,
mientras la senda corro,
tu dulce pensamiento
nos envolvía á todos!

Marchitos aun los guardo,
que sus misterios hondos
no celan flores muertas
de los amantes ojos.

Así mi pensamiento,
con tu promesa loco,
á los que guardo mustios
pregunta un día y otro:
«Decidme, pensamientos,
si se quedó en vosotros.»

MI PALMA

Aplauden las gentes los versos que escribo.
Y ¿ qué más me da ?
Si á ti no te mueven mis pobres estrofas,
¿ á qué he de cantar ?

Si amantes tus ojos no posan en ellas,
¿ á qué he de escribir ?
¿ A qué he de hacer versos, si al verlos no entiendes
que son para ti ?...

Si no ves que copian cual límpido espejo
tu propia beldad,
tu cándido rostro, tu frente de musa,
tu dulce mirar;

si no oyes cuál ruedan por esos renglones
con ruido de alud,
tristezas muy hondas que nadie á mi pecho
causó más que tú,

¿á qué fatigarme rimando mis penas?
¿á qué es este afán?
No quiero laureles que no haya corrido
tu mano á cortar.

Mis versos no buscan aplausos ni fama,
que buscan amor:
mis versos quisieran saber por qué senda
se va á un corazón...

Si un día llegara que viera en tu rostro
certera señal
de no haber errado su rumbo las quejas
que á ti ciegas van,

¿qué lauro igualara mi dicha de entonces?
¡Allí dieran fin
mis coplas de amores, que van suspirando,
buscándote á ti!

¡Qué alegre en tal punto lanzara el poeta
su pluma á un rincón,
así como vuelve la espada á la cinta,
lograda su gloria, feliz vencedor!

PUESTA DE SOL

De la ciudad alegre y bulliciosa
despedíase el sol,
dorando con su fuego los cristales
del alto mirador.

Detrás de ellos, tal vez entristecida,
jubilosa tal vez,
la niña rubia contemplaba inmóvil
el manso anochecer.

Ya mojaba sus rayos en las aguas
el sol que iba á morir,
y el rayo que encendía los cristales
no apartaba de allí.

Iba á sondar el piélago sin fondo,
¡ digno empleo de un sol !,
y aun retardaba el paso y no sabía
dejar el mirador...

Cual si, más que el misterio de las olas,
le importara indagar
el misterio de aquellos ojos garzos,
profundos como el mar.

ULTIMAS COPLAS

¡Así se va cuanto alegró la vida!
Flor ó mujer, aroma ó sentimiento,
cuanto el alma desea, cuanto cuida,
es hoja dada al viento.

Cesaba apenas el rumor sonoro
con que mi mar te dió la bienvenida,
y ya, gimiendo en las arenas de oro,
hoy llora tu partida.

Cuando mañana hasta su orilla á solas
tu pobre amigo á recordarte vaya,
¡qué tristes sonarán las mansas olas
en la desierta playa!

Mas ve en paz y abandona esta ribera,
rayo de sol que la alegraste un día:
¿qué importa si contigo va ligera
mi libre fantasía?

Mis montes dejas, no mi pensamiento,
y extinguida en el aire tu voz suave,
de ti me vendrá á hablar el vago viento
que remedarla sabe.

Adónde vas ignoras; mas segura,
en la alta cumbre ó la risueña falda,
tú vas siempre de cara á la ventura:
yo la dejé á mi espalda.

Del venturoso cuentan, flor querida,
que olvida á quien las penas atormentan:
¡blanca ilusión de mi engañada vida,
desmiente lo que cuentan!

CON UNAS CLAVELLINAS

Así quiero que huelan
los versos que te escriba:
á flores de los campos,
como esas clavellinas.

Yo quiero que mis coplas
fluyan claras y limpias
como agua de esa fuente
que brota en la colina.

Que las aprendan quiero
por breves y sencillas
las gentes de la aldea
que no saben medirlas.

Y que exclamen curiosas
cuando salgáis de misa:
La novia del poeta...
¡Que el cielo la bendiga!

VERSOS A UNA ESQUIVA

Yo pensé que devorar
podría á solas mi pena,
y arrastrar esta cadena
sin que la oyeses sonar;

ó que me fuera bastante
contarlo al mar y á la umbría
cuando al acabar el día
dan audiencia á todo amante.

Pero si ha de sucumbir,
callando, mi corazón,
¿no estoy en la obligación
de no dejarme morir?...

Mi triste queja no quiere
turbar tu serena vida,
que me quejo de la herida,
pero no de quien me hiere.

No me quieres arrancar
esta corona de espinas,
sin duda porque adivinas
que he de saberla llevar.

¡Cierto! En mi cantar doliente
no ha de vibrar el rencor,
por mucho que tu rigor
la oprima contra mi frente;

que á mi paz más aprovecha
mi honrada melancolía
que la malsana alegría
de la ira satisfecha.

Y aunque al leer mis estrofas
que hasta te burles recelo,
baste para mi consuelo
que de mi amor no te mofas.

Ni mis ojos ni mis voces
le acertaron á contar:
conque mal puedes mofar
de aquello que no conoces.

En que es risible convengo
este huir, este buscarte;
en no acertando á explicarte
todo el amor que te tengo;

que yo sé que si pudieras
asomarte al alma mía,
si en su ardor no te prendía,
por lo menos no rieras.

Va tan ciega mi pasión
que, deslumbrado y sin tino,
no supe andar el camino
que lleva á tu corazón.

Por largas pensé excusar
las revueltas del sendero
y á campo traviesa quiero
el dulce término hallar...

¡Ay, que intentando volver,
halló expiación mi delito
en este torco maldito
en que he venido á caer!

Si á mis gritos acudieras
no amante, mas compasiva,
en esta alma, llama viva,
como en un cristal te vieras;

y en aquel que te olvidó
pensando, al tocar mi herida
dijeras arrepentida:
Así he padecido yo.

«Que nadie por culpa mía
llegue á probar tal dolor.»
¡Y quién sabe si en amor
la piedad se trocaría!...

Mas en vano es que te implore,
que necesita tener
tu vanidad de mujer
alguien que en tu puerta llore.

EN DIAS NEGROS

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
que en cuanto de ellas me salgo
en seguida me arrepiento.

No es que *para andar conmigo*
me basten mis pensamientos,
pues unos días me sobran
y me faltan los más de ellos;

sino que tengo advertido
que nadie me da en tal riesgo
ni calma cuando me sobran
ni cuando me faltan fuego.

Es mi soledad amarga;
mas no intentaré de nuevo
encontrar junto á los hombres
descanso á mi sufrimiento.

Si gracejan, me dan ira,
si se duelen, me dan tedio,
y así, entre alegres ó tristes,
jamás á gusto me encuentro.

De los que ríen gozosos
juzgo que insultan mi duelo;
de los que sus males lloran,
que lloran sin causa creo,

y al comparar los que cuentan
con los que en el alma llevo,
se me ocurre que podrían
por alegrías vendérmelos.

Yo no sé qué pena es ésta,
hosca, altiva y sin consuelo,
que ni en el pecho me cabe
ni quiere salir del pecho.

En vano pasan los días:
tan en vano, que ya pienso
que ha llegado á firmar paces
este dolor con el tiempo.

En vano por distraerle
por el monte le paseo,
ó, con intención de ahogarle,
junto al arroyo me siento.

De otros desdichados cuentan
que van por valles y oteros
y alivian su desventura
diciéndosela á los vientos.

Eso será que hay desdichas
que con andar duelen menos,
y que no salió andariega
ésta que me quita el sueño...

Ni en el salón ni en el bosque
hallan mis males remedio;
¡Dios no se lo tome en cuenta
á quien es origen de ellos!

Nadie acierta á consolarme:
merecido me lo tengo,
que á nadie pedí licencia
para enamorarme ciego.

A UNA DESDEÑOSA

Bien hayas tú, mujer, que no me quieres.
Bien hayas tú, que al mustio pensamiento,
alas negando á mi amoroso intento,
inspiración constante le sugieres.

Bien hayas tú, que con desdén me hieres;
pues, llevada mi queja por el viento,
tal vez me haga famoso mi tormento
y contar el mal pago que me dieres.

Mi gloria labras con mostrarte impía...
Pero ¡bien hayas tú si me quisieras!,
que, por verte rendida á mi porfía,

á la fama renuncio y sus quimeras,
pues no hay laurel como llamarte mía
ni gloria habrá como que tú me quieras.

ALMA PRESA

En unos cabellos rubios
el alma se me ha enredado:
yo quiero desenredarla
y se me va á hacer pedazos.

La dueña de los cabellos
—y de unos ojuelos garzos,
contra los que nada pueden
ni penas ni desengaños—

ha dado en tomar á risa
lo que es ocasión de llanto,
mientras yo juro y maldigo
como hombre, al fin, desalmado.

Yo me digo cuando ríe:
¿si pensará que es el caso
como enredarse la falda
en los rosales del patio?

Pues no hay tal, porque otra nueva
remedia pronto ese daño,
y yo no tengo más alma
que la que se me ha enredado.

A desenredarla á veces
ella acude, mas en vano,
que con dimes y diretes
cada vez más lo enredamos.

Yo he propuesto á la risueña,
pues sin alma me ha dejado,
que por no andar en más pleitos
la suya me ceda en pago.

Ella dice que *veremos;*
el tiempo se va pasando,
yo no puedo estar sin alma
y esto es un nudo gordiano...

¿Si será que no la tiene
y cerrar no puede el trato?...
Pero entonces, ¿de quién hablan
aquellos ojuelos garzos?

LA MUSA EN EL TEMPLO

LA MUSA EN EL TEMPLO

Señor, yo soy cristiana. Si mi canto
pocos se paran en mi puerta á oir,
sepan los pocos que en tu culto santo
quiero siempre vivir.

Yo soy cristiana, y en mis rimas vengo
las glorias de tu nombre á confesar:
no me importan las galas que no tengo;
impórtame acertar.

Señor, no sé de griegos ni romanos;
de penetrar sus letras no curé:
yo en estos bosques á la mar cercanos
cosecho cuanto sé.

Mas entiendo lo que habla la corriente,
lo que suspira el viento en el pinar,
y de mis valles la canción doliente
y el poema del mar.

Yo al genio de las penas inmortales
bajar del monte sollozando vi,
y al caer de las tardes otoñales
su beso merecí.

Rica joya ni túnica brillante
no halagan mi nativa sencillez:
con una poca de agua me es bastante
para aliñar mi tez.

Si en tus gradas no ofrezco por despojo
el rico incienso de gentil cantar,
te traigo en cambio flores, cuantas cojo
de la montaña al mar.

Si canto amores, son de los que vienen
tu santa bendición á recoger,
de los que juran por tu nombre y tienen
licencia para ser.

Piensa la Musa nueva que Tú abrumas
con tus leyes las alas del amor:
¿qué has hecho Tú sino añadirle plumas
con que vuele mejor?

Lloraba Amor, antes de ser cristiano,
de su reinado el término fatal,
y Tú le ungiste de tu santa mano
y le hiciste inmortal.

Cuanto quitaste al bárbaro apetito,
que vagaba sin frenos y sin ley,
eso diste al amor por ti bendito,
hasta erigirle rey...

Poeta que te adora no prescinde
de lauro alguno de la muerta edad:
¿qué has hecho Tú sino ensanchar la linde
de la vieja heredad?

¿Quién sabía, Señor, que son los males
senda que lleva á la inextinta luz?
¿Quién ha enseñado á hacer á los mortales
un trono de una cruz?

Las lágrimas son vida si las vierte
un alma que en amores se anegó:
por eso *estuvo triste hasta la muerte*
la que á amar enseñó.

Amor es llanto; amor es sacrificio;
siempre gime una nota en su cantar:
¿qué saben los poetas de su oficio
si no saben llorar?

POST COMUNION

Aquel Señor á quien se humilla todo
hoy vino á visitar esta alma obscura,
y una imagen la dió de su hermosura,
que estoy viendo en qué parte la acomodo.

Yo quisiera fijarla de tal modo
que empañar no lograsen la pintura,
ni de la duda vil la niebla impura,
ni de la culpa el pestilente lodo.

¿Qué haré de más, Señor, si por guardarte
día y noche me encuentran desvelado
y otro gusto no tengo que mirarte?

¿Cómo no salta, en átomos quebrado,
espejo que es capaz de reflejarte
y de borrar después lo reflejado?

¡AL ARMA, POETAS!

Fratres: quæ sursum sunt qüeritæ.
S. PAB.

¿ No oís el tañido,
poetas hermanos,
que á sabios é indoctos
nos junta en rebaño ?

¿ Qué habrá que os detenga
si al arma llamaron
la gloria de Cristo
y el verle penando ?

¡ Ay, que se repite
el tremendo paso
que vió el mundo viejo
al pie del Calvario !

De nuevo va el Justo
á ser entregado;
de nuevo en dolores
su amor halla el pago.

Son sus enemigos
los mismos de antaño:
las almas sin jugo,
los tibios, los tardos...

¡Al arma, poetas!
Si unidos marchamos,
en esta jornada
será nuestro el campo.

Empresa es de amores
y en ellos tratamos:
¿habrá quien alegue
derecho más claro?

¡Al arma, poetas,
que está Amor llorando
y le han puesto preso
los hombres ingratos!

Lanzad vuestra estrofa
cual flecha del arco;
herid en las almas,
guerreros del canto,

y sea la gloria
para quien, cantando,
surgir haga en ellas
la fuente del llanto.

Porque secas andan,
andan en pecado:
¿qué hueste sedienta
rechaza un asalto?

De sed se nos mueren,
de sed de amor santo,
que no hay otras aguas
que quieran sus labios.

¡Al arma, poetas!
Quizá reservado
está á nuestros versos
tan fúlgido lauro.

Alzad á las almas
que pisan en fango;
mostradles la senda
que lleva á lo alto;

y así que la vieren,
abrid ya la mano
é irán ellas solas
el cielo buscando.

EL ROSARIO

El altar de la Virgen se ilumina
y ante él de hinojos, la devota gente
su plegaria deshoja lentamente
en la inefable calma vespertina.

Rítmica, mansa, la oración camina
con la dulce cadencia persistente
con que deshace el surtidor la fuente,
con que la brisa la hojarasca inclina.

Tú, que esta amable devoción supones
monótona y cansada, y no la rezas,
porque siempre repite iguales sones,

tú no entiendes de amores ni tristezas:
¿qué pobre se cansó de pedir dones?
¿qué enamorado de decir ternezas?

ROMANCE DE SANTA EULALIA

Muda quedaba la plaza,
libre de la infanda gente
que de la gloriosa niña
impávida vió la muerte;

y, á par que en lejanas sendas
la muchedumbre se pierde,
sobre el mar de blandas olas
en que Barcelona duerme,

paso á paso, entre arreboles,
caía el sol á perderse
con majestad heredada
de quien los rayos le enciende.

Sola quedaba la virgen,
del aspa infame pendiente,
y la estrella de la tarde
velando su cuerpo inerte.

Serena llegó la noche,
¡ no para los viles jueces,
en cuya maldita cámara
no querrá el sueño ser huésped !

Serena llegó la noche,
que la quiso Dios alegre
porque en exequias de niña
no es bien que tristezas suenen.

Cuando da la blanca luna
sobre la santa inocente,
que, por no excusarle afrenta,
del leño sin ropas pende,

de compasión en el cielo
los luceros se estremecen
y alargan su dulce rayo
para besarla en la frente.

Tan cercana de su origen
la casta luz ellos beben,
que sólo la suya es digna
de que el cuerpo la refleje.

Mas ¡ay, que quizás al alba,
cuando el mundo se despierte,
Satán vivo en torpes ojos
á profanarla se llegue!...

Tranquilas pasan las horas
envueltas en manso ambiente:
la media noche es llegada,
cielos y tierra enmudecen;

y, cual rendido viajero
que cambiar las postas debe,
el tiempo, en su eterna marcha,
hacer un alto parece.

Su faz á poco la luna
en un nubarrón envuelve,
que, del ocaso surgido,
apagando estrellas viene.

Encrudeciόse la brisa,
tibia hasta entonces y leve,
convirtiendo el manso halago
en hálito de la muerte.

Cerróse el triste horizonte
como los sepulcros suelen,
y empezaron por el aire
unos copos á mecerse...

¡Oh, prodigio no soñado,
que lenguas de ángel revelen!
Mientras en las frías piedras
cae y no cuaja la nieve,

en torno al aspado cuerpo
de la noble virgen vese
cómo se posan los copos
según del cielo descienden.

Sólo en la santa cabeza,
si tocan, no se detienen,
ó algunos entre el cabello
blanca corona la tejen;

Mas en el cuerpo, enlazándose
con apretados dobleces,
al fin envolverla logran
en candidísima veste.

Ya puede rayar el día,
que cuando el mundo despierte,
ya Satán, en torpes ojos,
manchar purezas no puede.

Y rayó al cabo sereno,
y el sol derritió la nieve
que sobre llanos y cumbres
en tenue capa aparece,

y sobre el santo cadáver
contempló la ciega gente
permanecer el sudario
con que el cielo le defiende.

Cuando á la tarde, ignorantes
de su desastrosa muerte,
los padres más amorosos
á Eulalia buscando vienen,

ante sus despojos yertos
el justo dolor no sienten,
que, pues Dios la viste, es claro
que por su hija la tiene.

GLOSA A LA VIRGEN SANTISIMA

Si en Vos mi fe no esperara
para en aquel triste día,
¿en quién, Madre, esperaría?

Tengo á Dios tan ofendido
que, aunque no estimo el vivir,
si me da miedo morir
es por lo mal que he vivido.
Y tanto el temor me altera
de ver la ira en su cara,
que en esta congoja fiera,
de miedo á morir muriera
si en Vos mi fe no esperara.

Solamente se vió en Vos
que defendáis al que os hiere;
mas si esto en Vos no cupiere
no fuérais madre de Dios.

Madre sois del que he agraviado,
pero también lo sois mía,
y, aunque de culpas cargado,
os emplazo confiado
para en aquel triste día.

Si con mi temor me avengo,
es que abrigo la esperanza
de que echéis en la balanza
esta devoción que os tengo.
¡Qué será ver aquel día
distinta, extendida y clara,
mi vida, muelle y baldía!
Ay, que si en Vos no esperara,
¿en quién, Madre, esperaría?

EN EL ATRIO

Viejuca, pasa delante,
que estas puertas son las únicas
en que señor y mendigo
iguales honras disfrutan.
Pasa delante;
pasa, viejuca.

Pasa tú, que vas cargada,
pues que te agobian á un tiempo
el fardo de la pobreza
y de los años el peso.
Pasa, viejuca;
pasa primero.

Te sujetaré la puerta
mientras los umbrales cruzas,

que yo sobre mí no traigo
otro peso que mis culpas.
Pasa primero;
pasa, viejuca.

Tienes cara de ser buena
y talante de ser pobre,
y para cederte el paso
me bastan estas razones.
Pasar delante
te corresponde.

Por mujer te lo mereces,
por anciana no lo hurtas:
si además de esto eres madre,
¿quién tus derechos disputa?
Triple corona
tu sien circunda.

Aunque mi gabán es nuevo
y tu falda está raída,
ante el dueño de esta casa
no hay vanidades que sirvan.
Pasa, que acaso
tú eres la rica.

No sólo tendré la puerta
mientras los umbrales cruzas,
sino que he de darte el brazo
por esa capilla obscura.
Pasa sin miedo:
vamos, viejuca...

CONTRICION

De todos los ultrajes,
Señor, que te he inferido,
hoy quiero hacer la cuenta
para conmigo mismo.
Ponerlos quiero juntos,
¡á ver si así consigo
que me produzca espanto
su ejército maldito!

Mas antes de que escriba
mis múltiples delitos,
en el renglón primero
pondré tus beneficios;
que si en pecar, apenas
encuentro rival digno,
en lo de ser ingrato
á todos he excedido.

Pusísteme la cuna,
magnánimo y benigno,
en donde más despierto
meciérala el cariño;
y mi niñez cercaste,
como de muro altísimo,
de ejemplos tan ilustres
que de su edad lo han sido.

Tu ley era la norma
en el hogar nativo:
dióle holgura el trabajo
y la virtud prestigio,
y en las alegres horas
de los recreos íntimos,
lo honesto y lo gracioso
sus sales y su hechizo.

Tu ley era la norma,
tus huellas el camino;
á toda empresa dábase
con tu favor principio;
tu imagen presidía
salones y recintos,

y en el umbral velaban
tus ángeles benditos.

Jamás de tu rebaño
fué manso corderillo
más amorosamente
mimado y protegido.
¡Qué ansiosos mis pastores
guardábanme del frío!
¡Qué vida tan dichosa
la de mi dulce aprisco!

¿Por qué, en oyendo fuera
un engañoso silbo,
ya me faltaba tiempo
para dejar su abrigo?
¿Qué insania me llevaba
á preferir solícito
á mi segura choza
los bordes del abismo?

Cuando hoy al de mis faltas
la vista, oh, Dios, dirijo,

me aterran, aun pasados,
innúmeros peligros,
y un sueño me parece
que yo haya conseguido
forzar tan firmes guardas,
romper tan santos grillos.

Señor, si en mis pecados
atentamente miro,
ya se me antoja inútil
mi intento de escribirlos.
No hay día sin el suyo,
no hay hora sin descuido,
y así tampoco hay pluma
que baste á referirlos.

Mas tu piedad bendita
aun es mayor abismo;
es mar sin costa ó playa,
es piélago infinito.
Y aunque fueran en número
arenas mis delitos,
¡bajo ese mar tan hondo
ni aun las veré yo mismo!

EL CANTO DEL ANOCHECER

EL CANTO DEL ANOCHECER

I

A los tristes desdeña toda gente:
la mocedad no sabe de tristezas,
el adulto las huye por ociosas
y á la vejez le basta con las suyas.
Pero el desdén no añade peso alguno
á los hombros del triste, porque el triste
gusta de andar consigo, como el sabio,
y solamente al bosque le pregunta
si quiere ser su amigo...
A los tristes desdeña toda gente:
solos van por el mundo, cual las hojas
que el árbol cede al viento;
mas tienen una hora y una musa
—las que asisten al sol en su agonía—

que en regalado abrazo les compensan
del hosco apartamiento de los hombres.
Es breve su reinar, como el imperio
de toda cosa amable; mas el alma
á quien tocó su vara de hechiceras,
aunque guste el encanto de otras horas
y de otras musas que en las horas vienen,
ya no vuelve á rendir un homenaje
tan puro como á aquéllas
ni á la graciosa majestad del alba,
ni á la pompa rëal del mediodía.

¡Hora y musa del triste!
Yo las quiero cantar: yo he discurrido
fijar en unos versos,
claros como las aguas de la fuente
que baja de la sierra, y apacibles
como un olor de rosas escondidas,
el aroma que dejan en el aire
y la voz con que arrullan á las almas.

Para vencer en tan honrado empeño
viertan los cielos luz en mis estrofas,
gracia en mi estilo, y en mi acento mieles.

II

Es en la aldea; en el supremo instante
en que con largo beso
el sol la dice adiós en la montaña.
¡Cómo le pesa trasponer la cumbre!
Deshoja mayo sus postreras flores:
ya dos veces tan sólo
se volverá á encender en honor suyo
este manso lucero de la tarde.
El día ha sido largo, honrado y lleno:
mirad, si no, á las mieses.
Por eso llega con tan lento paso
á dormir en los brazos de la sombra,
porque viene rendido, con la dulce
fatiga que los miembros robustece.
Cual todo laborioso, ha sido bueno,
y consoló mil penas que, amparadas
de las nocturnas horas, asaltaron
las casas de los hombres.
El cielo les mostró tan luminoso
que entendieron los míseros

que nadie sino Dios puede habitarle,
y en el río de luz que derivaba
sobre los anchos valles de la tierra,
la imagen alcanzaron de otro río
que la piedad divina, inagotable,
vierte en los campos del dolor humano.

En la paz de este místico momento,
¿ quién no la siente penetrar el mundo
y cubrir con sus alas cuanto existe ?
Es cual caricia del Eterno Padre
á toda la creación; es como premio
al rudo laborar de todo el día.
¡ Hora grata en que el alma, silenciosa,
dejando á sus dolores
dormidos como á niños,
vuela á su antojo por el aire inmenso!
La voz de la campana, que ahora suena,
en sus alas la sube hasta la fuente
de todo bien que dura. Luego, abajo.
la mente se sumerge complacida
en la visión del general reposo...

Por la sierra, marcando su figura
sobre el violado resplandor del cielo,
el viejo leñador pasa tranquilo
en busca de su albergue solitario..

Con su paso solemne y perezoso
la manada de bueyes
aparece en el fondo del camino.
Los guía una mozuela
cuyos pies reconocen el sendero
por las piedras que á trechos se los punzan;
morena la hizo el sol, contra su gusto;
en su edad, que aun por lustros no se cuenta,
sabe la dura ciencia de la casa,
y el negro pan que come
ya no debe á merced, sino á salario...
Ved cuál respetan los enormes brutos
la voluntad de tan menudo dueño,
y aprended en la rústica enseñanza
cómo basta ser bueno á quien le guía
para llevar al fuerte á su destino.

Un pájaro ha cantado entre la fronda,
y es cual la voz con que la selva invita
á reposar á pájaros y ramas...
Levántase, moviendo el ala apenas,
una brisa que va como anunciando

que llega algún prodigio
y se aquieta después sobre las hojas...
No hay ruido en el ramaje, mas tampoco
la quietud en que duerme el mediodía.
Parece que en el bosque se ha sabido
un secreto y que nadie osa decirle,
aunque suspende á todos...
Sólo el álamo tiembla, pero mudo:
algo inefable viene...
¡Es que sale el Amor de su palacio!
Por eso calla todo,
porque el gran homenaje que las cosas
tributan al Amor es el silencio.
En soñador mutismo
—ella, que sabe despertar al valle
con su canto triunfal de la mañana—
pasa á la fuente la garrida moza
por quien es celebrada esta aldehüela.
Ya á la humilde cocina de su casa
no hace falta este viaje postrimero,
mas sí al afán de la impaciente novia,
pues sabe de otros días
que la última vez que va por agua
suele hallar al Amor en su camino.
Gusta el dios de parar junto á las fuentes

al fin de su jornada vespertina:
siempre estimó que le arrullase el agua,
siempre se holgó de verse en sus cristales
al resplandor muriente del ocaso.
Muchas formas tomó, que él es Proteo,
para rendir á la beldad campestre,
y encarnando, por artes de las suyas,
en cuantos mozos labran estas tierras,
uno tras otro los envió á la fuente
á ayudar á la niña
cuando alzara su cántaro del suelo.
Al cabo, como Amor acierta siempre,
llegó un galán un día
que el cántaro la puso en la cabeza
sin que ella protestase de su ayuda:
Todas las tardes oye desde entonces
charla de amor la campesina fuente...
Son éstos que ahora pasan:
vedlos graves y serios, conversando
cual si tratasen casos de tristeza;
al Amor, por dichoso que camine,
siempre inquietan temores ó memorias.
Andan lentos, mirándose á hurtadillas...
El moribundo día los envuelve
en su vaga penumbra;

un aroma de flores de la sierra
llega á ellos de pronto, como un ramo
arrojado por manos invisibles;
pasa como un sollozo por el río;
allá arriba el lucero parpadea...
Y he aquí que se despiden, sin que él ose
decirla su querer hondo y sincero...
Y es que hay algo en el aire de esta hora
que á Amor quita osadía
y le da cierta lánguida ternura,
un dejo de pesar que no apesara,
de graciosa tristeza,
que es el grano de sal con que los cielos
sazonan el amor para que dure.

III

También á la ciudad, cuando anochece,
la envuelve, como el velo de una novia,
la sagrada y gentil melancolía.
En las altas vidrieras del palacio
brilla el poniente sol como una llama:
penden sobre las verjas de los parques
moribundas las rosas;
como aves que se acojen á su nido,
huyen entre las ramas del paseo
las risas que en la tarde le poblaron:
en los amplios talleres
va cesando el fragor de la pelea
en que ha salido vencedor el hombre;
enmudece en la torre la campana
y en el balcón el pájaro y su dueña;
sobre la multitud, que en largas filas
torna de su faena ó sus placeres,
pesa el alto misterio de la hora
y al hogar se encamina sin bullicio;
mientras que por las vastas avenidas

corren, de vuelta, los lujosos trenes,
que ruedan majestuosos
sin estridencias de vulgar herraje
ni otro son que el del golpe acompasado
con que, enarcando los airosos remos,
hieren el pavimento sus bridones...
Mas dura breve espacio
este letargo de la luz y el ruido;
la gente ciudadana no concede
largo tiempo al soñar y, siempre inquieta,
el trabajo febril llena sus días,
sus noches el placer. Sin que concluya
de extender por el cielo
sus sombras el crepúsculo, en el aire
van surgiendo mil puntos luminosos
que, uniendo en uno sólo sus fulgores,
la oscuridad destierran
á los abismos de la mar ó el bosque,
y como nueva aurora
ganan calles y plazas, y bien pronto,
recobrada su gárrula alegría,
la ciudad orgullosa
olvida, entre sus luces y sus fiestas,
al viejo sol que, como á toda gente,
dióla vigor y fecundó su seno

También en la ciudad vive el idilio;
también aquí, cuando la tarde muere
temblando de inquietud va cada amante
en busca de su amada
para cantarle el himno de la vida.
Al justo fondo que les presta el bosque
como de paraíso no perdido,
reemplaza aquí la fábrica suntuosa
del arte y la riqueza;
mas él lleva la fiesta en sus ojuelos,
y no es más bello Amor entre las hojas
que en las urbanas, ostentosas vías
de estatuas y obeliscos
y de soberbios pórticos orladas.
La musa del crepúsculo, sombría,
al niño Amor conduce de la mano
para que en la ciudad no se extravíe;
mas, jugando el chicuelo como suele,
en breve corre suelto y desasido,
y, vagando curioso,
va dejando, por calles y alamedas,
en cada esquina un centinela suyo
y en cada reja un bardo de su casa.
Nada respeta; aguarda á las devotas
en las sombras del atrio; en el colegio

á las cándidas niñas cuya mente,
como su falda airosa,
aun no ha tocado en el impuro suelo.
Espera á las alegres menestralas
cuando abandonan el taller, sedientas
de libertad y amores,
de aire que nutra y vida que no pese;
las pálidas muchachas
á quienes pule el rostro y los afectos
la vida en la ciudad, como á sus novios,
inicia y alecciona
en sutilezas varias de galanes;
que, á vista de aquel noble rendimiento
con que á sus damas sirven los señores,
afínase el amor en las humildes
y sencillas parejas,
y acaso el rudo obrero enamorado
llega á saber el precio de una rosa
que se meció en el pecho de su amada.

Por el fresco jardín de cien senderos
discurren entretanto, seducidos
del olor de las flores
y por lánguida música arrullados,
los que mimó Fortuna en sus verjeles.
Y—mientras los amantes en voz baja

traducen al oído de sus bellas
la canción de la tarde—
con percepción sutil, que los poetas
supieron despertar en sus sentidos,
aspiran los demás en el silencio
el misterioso encanto
que el suave anochecer derrama en torno.
Y sienten cómo cruzan por el aire,
disfrazadas de aromas moribundos
ó suspiros de brisa,
almas que buscan un amor soñado,
almas que lloran un amante muerto.

IV

¿ Y en el mar... ? ¡ En el mar ! ¿ Habéis sentido,
vagando por las quiebras de la costa,
este callado arrullo que de él sube
cuando despide al sol ? ¿ Os habéis puesto
en ocasión de merecer sumisos
la inefable caricia de sus auras.
de su aroma y color, y la más suave,
la del hondo pensar á que nos lleva ?
¿ Os habéis presentado en sus orillas
libres de todo afán, todo cuidado,
que pueda distraeros
de aquel recogimiento que él os pide ?
Para agotar su imponderable hechizo,
para extraer del seno de las aguas
el germen de salud y poësía
que oculto vive en ellas,
desnuda ha de ir el alma á recogerle,
como el cuerpo al bañarse va desnudo.

¡Qué apacible grandeza en estas horas
se prestan cielo y mar! ¡Y cuánta tienden
en las cumbres y faldas
que dan límite á entrambas maravillas!
En el pálido azul que baja á Oriente
negrean ya los montes, y le cortan
con ondulante raya,
mientras que sobre el oro
que hacia el otro confín inunda el cielo,
como si ardieran en crisol gigante,
destácanse, teñidas de violeta,
las cimas del ocaso.
Como plata que bulle mansamente
muéstrase el mar entonces, y las olas
cantan, muriendo, un deleitoso canto,
melancólico y lento como queja
de niña enamorada...
Ni voz humana ni afanoso ruido
turban la paz que sobre el mar reposa...
Pasa una vela y pronto desparece;
pasa igual que la vida:
¡cuán poco duran el rumor que elevan
y la estela de espuma que las sigue!

Si os dejáis penetrar por esta magia,
por esta sugestión que del mar viene,
veréis qué mundos guarda, silencioso,
de amorosas lecciones y consuelos;
veréis cómo os revela
un profundo sentido de la vida,
que nunca habéis gustado
en letras ni discursos de los hombres;
veréis cuán suavemente os va prendiendo
en un tranquilo afán de lo infinito,
en un dulce deseo sosegado
del cielo y su reposo,
que os lleva á ser humildes y mejores
y á preferir la paz de la conciencia
á todo halago de riqueza ó fama.
Como tan limpio y dilatado espejo
ofrece el mar, hasta la imagen misma
del alma humana cabe en sus cristales:
luego el sol del ocaso
vierte aquí, en la marina silenciosa,
una luz tan de vida que se extingue,
que á su fulgor el hombre
llega á pensar que ha descifrado en parte
el enigma que oculta su destino...

¡Dios anda sobre el mar, como en los días
de los grandes misterios!
Suya es la voz que os habla en la ribera
cuando espira la tarde...
Y por eso no es voz, sino un efluvio
que del alma increäda
pasa hasta el hombre y manso le aprisiona:
es doctrina de amor, y no requiere
que el viento la conduzca
para ser entendida del amado.

V

Escuchad un rumor de leves faldas
rozando sobre céspedes y flores...
Le producen las tímidas doncellas
que vienen á asomarse
á la vieja ventana de los sueños,
y que al morir el día
acuden á la cita imaginaria
que les dan invisibles amadores.
No son las que aquí llegan
las curiosas de amor: son las que sufren
la sed del ideal que nadie pudo
saciar en estas fuentes de la tierra;
las pobres almas, viudas
de un esposo á quien nunca han contemplado,
que no habita jamás nuestros parajes,
ni tiene humano rostro,
ni en la lengua común y usado acento
la congoja de amor vino á decirlas.
En sueños entrevisto,
sempiterno cariño le acordaron;
mas en vano las tristes soñadoras

le aguardan desde entonces en su huerto;
en vano se coronan de jazmines
y, por saber si llega,
á la sibila del jardín consultan
deshojando sus flores lentamente;
en vano, desde entonces,
cuando la tarde baja, bajan todas
á esta apartada calle de rosales
por donde esperan que vendrá algún día.
La eligieron por ser la más oculta
y la más aromada, y porque en ella
muchas veces oyeron
cantar al ruiseñor, que también tiene
sus férvidos amores en la altura.

Más allá, en otra senda
de este mismo jardín en que discurre
el amor sin ventura,
vagan en paz las almas enlutadas:
A las que en vano su delicia esperan,
en su incumplido anhelo
mayor fortuna cupo todavía

que á estas otras que un punto la gustaron,
que vieron su quimera
tornarse al cabo realidad patente.
Mas llegó la rival que siempre triunfa,
la pálida rival que á nadie teme,
que pára el corazón cuando le toca
y hiela con su aliento cuanto abraza...
Y los marcó por suyos
con aquel beso frío que ella imprime
en los humanos rostros...

Como es la hora en que los aires llenan
espíritus dolientes
que, si no son las almas de los muertos,
vienen sin duda con mensajes suyos,
los vivos que los aman
siempre son cortesanos de esta höra,
de esta piadosa reina
que cruza por el mundo repartiendo
limosnas de celestes esperanzas.
En su imperio fugaz, las almas tristes
que, presas en la cárcel de la vida,
suspiran por las almas que volaron,
escúchanlas venir y únense á ellas.
Por un breve momento
el tiempo burlan y la amarga suerte,

y, paradas al filo de la tarde
cual palomas al borde del alero,
se juntan y acarician
las que fueron á Dios y las que aguardan...
¡ Y el sol que va á morir puede un instante
ver soldarse la fúlgida cadena
que Amor labrara y que rompió la Muerte,
volver el ave á la olvidada fronda,
y las ramas del árbol derribado
entrelazarse á las del árbol verde!

VI

A los tristes desdeña toda gente,
mas no la dulce musa,
que con llanto de amor despide al día;
ni la hora serena
en que halla voz con que llegar al alma
la infinita ternura de las cosas.

ÌNDICE

	Páginas.
DEDICATORIA	5
Desde la montaña	9
Anima sola	15
VOCES AMIGAS	17
Noche clara	19
Junto al mar	25
A un poeta	29
El ciprés	33
Voz amiga	35
Canción de Abril	37
A Luis Barreda	43
Desaliento juvenil	47
Octubre	49
En la costa	51
Romances de la vida quieta	53
Nuestro poeta	63
Viendo pasar la bandera	65
En la tarde	67
En el cantil	69
Canción á una fuente	71
COPLAS DE AMORES	79
¿Versos á tí? etc.	81
Romance de amores	83
A un árbol	87
Dando los días	93
Al paso	95
Flores de pensamiento	99

Mi palma 103
Puesta de sol 107
Ultimas coplas 109
Con unas clavellinas 111
Versos á una esquiva 113
En días negros 117
A una desdeñosa 121
Alma presa 123
LA MUSA EN EL TEMPLO 127
La musa en el templo 129
Post Comunión 133
¡Al arma, Poetas! 135
El Rosario 139
Romance de Santa Eulalia 141
Glosa á la Virgen Santísima 147
En el atrio 149
Contrición 153
EL CANTO DEL ANOCHECER 159

3,50 PESETAS

Imprenta Renacimi

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063959842